

MAGISTERIUM

LA

MÁSCARA

DE

PLATA



HOLLY  
BLACK



CASSANDRA  
CLARE

DESTINO

MAGISTERIUM

LA  
MÁSCARA  
DE  
PLATA

HOLLY  
BLACK

CASSANDRA  
CLARE

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Silver Mask*

© de la traducción, Patricia Nunes, 2017

© del texto, 2017 Holly Black y Cassandra Clare LLC.

© de las ilustraciones, 2017 Scott Fischer

© Editorial Planeta S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: noviembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17871-2

Depósito legal: B. 22.156-2017

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).



## CAPÍTULO UNO

**L**A CÁRCEL NO ERA como Call esperaba. Había crecido viendo series policíacas, así que había dado por sentado que tendría compañeros de celda huraños que le enseñarían cómo funcionaba la cosa allí dentro y cómo ponerse cachas levantando pesas. Se suponía que debía odiar la comida y no enfrentarse a nadie, por miedo a que le acuchillaran con un cepillo de dientes cuidadosamente afilado.

Pero resultó que lo único que la prisión mágica tenía en común con la cárcel de la tele era que al protagonista lo habían encerrado por un crimen que no había cometido.

Cada mañana se despertaba cuando las luces del Panopticon cambiaban de tenues a cegadoras. Parpadeando y bostezando, observaba cómo a los otros prisioneros (parecía haber unos cincuenta) los dejaban salir de sus celdas. Se marchaban, arrastrando los pies, seguramente a desayunar. Pero a Call le llevaban la bandeja a la puerta dos guardias, uno de ellos siempre con el ceño fruncido. El otro parecía tenerle miedo.

Después de seis meses, Call estaba muerto de aburrimiento, y ponía muecas solo para ver al guardia asustado asustarse aún más.

No lo veían como a un chico de quince años, un chaval. Todos pensaban en él como el Enemigo de la Muerte.

En todo el tiempo que llevaba allí, no había ido nadie a verle. Ni su padre ni sus amigos. Call había tratado de convencerse de que sería porque no permitían que nadie le visitase, pero no era un gran consuelo; seguramente estarían metidos en un buen lío. Seguramente desearían no haber oído ni hablar de Callum Hunt.

Comió un poco de la bazofia de la bandeja y luego se cepilló los dientes para quitarse el sabor de la boca. Lo guardias regresaron; era la hora del interrogatorio.

Todos los días lo llevaban a una sala pintada de blanco y sin ventanas, donde tres miembros de la Asamblea lo machacaban a preguntas sobre su vida. Era la única interrupción de la monotonía de su vida.

«¿Cuál es tu primer recuerdo?»

«¿Cuándo te diste cuenta de que eras malvado?»

«Sé que dices que no recuerdas nada de cuando eras Constantine Madden, pero ¿y si te esforzaras un poco más?»

«¿Cuántas veces te reuniste con el Maestro Joseph? ¿Qué te dijo? ¿Dónde se halla su fortaleza? ¿Cuáles son sus planes?»

Respondiera lo que respondiera, siempre insistían en los más mínimos detalles hasta que Call se confundía. Lo acusaban de mentir con frecuencia.

A veces, cuando se hartaba y se aburría, le entraban ganas de mentir, porque lo que querían oír era tan evidente que le parecía que lo más fácil sería decírselo. Pero no mentía, porque había retomado su lista de Señor del Mal y volvía a darse puntos si hacía algo que le parecía digno de un Señor del Mal, y sin duda mentir entraba en esa categoría.

En prisión, era muy fácil acumular puntos de Señor del Mal.

Sus interrogadores hablaban mucho del encanto irresistible del Enemigo de la Muerte y de que no debían permitir que Call se relacionara con otros presos, por miedo a que los convenciera para unirse a sus malvados planes.

Habría resultado halagador de no ser porque sus interrogadores pensaban que les estaba ocultando deliberadamente ese aspecto de su carácter. Como Constantine Madden derrochaba carisma, creían que él les estaba mostrando exactamente lo opuesto. Se notaba que no tenían ganas de verle, y el sentimiento era mutuo.

Ese día, sin embargo, le esperaba una sorpresa. Cuando entró en la sala de los interrogatorios, no encontró a sus entrevistadores habituales; al otro lado de la mesa blanca se hallaba su antiguo profesor, el Maestro Rufus, vestido de negro, con su oscura cabeza calva brillando bajo unas luces demasiado intensas.

Hacía mucho tiempo que Call no veía a ninguno de sus conocidos. Sintió el impulso de saltar hasta el otro lado de la mesa y abrazarle, a pesar de que el Maestro le estaba mirando muy mal y, por lo general, tampoco era muy aficionado a los abrazos.

Call ocupó la silla frente a su profesor. Ni siquiera podía darle la mano o agitarla para saludar, porque tenía las muñecas atadas por delante con una reluciente cadena de un metal increíblemente duro.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Cómo está Tamara? —preguntó—. ¿Está bien?

El Maestro Rufus se lo quedó mirando durante un buen rato.

—No estoy seguro de si debería decírtelo —respondió finalmente—. No estoy seguro de quién eres, Call.

Call sintió un dolor en el pecho.

—Tamara es mi mejor amiga. Quiero saber cómo está. Y *Estrago*. Incluso Jasper.

Le resultó extraño no mencionar también a Aaron. A pesar de saber que Aaron estaba muerto, a pesar de haber repasado las circuns-

tancias de su muerte una y otra vez, Call seguía añorándolo de un modo que lo hacía estar mucho más presente que ausente.

El Maestro Rufus apoyó la barbilla sobre los dedos entrelazados.

—Quisiera creerte, pero me has mentido durante mucho tiempo.

—¡No tenía elección! —protestó Call.

—Sí la tenías. Podrías haberme dicho en cualquier momento que Constantine Madden vivía en tu interior. ¿Cuánto hace que lo sabes? ¿Me engañaste para que te eligiera como aprendiz?

—¿En la Prueba de Hierro? —Call no podía creérselo—. ¡Pero si no tenía ni idea! Intenté suspender; ni siquiera quería ir al Magisterium.

El Maestro Rufus se mantenía escéptico.

—Que intentaras suspender fue precisamente lo que me llamó la atención. Y Constantine lo habría sabido. Habría sabido cómo manipularme.

—No soy él —insistió Call—. Puede que tenga su alma, pero no soy él.

—Esperemos que así sea, por tu bien —repuso Rufus.

De repente, Call se sintió agotado hasta la médula.

—¿Por qué has venido? —preguntó a su profesor—. ¿Porque me odias?

Por un momento, eso pareció desconcertar al Maestro Rufus.

—No te odio —le contestó, más triste que enfadado—. Callum Hunt llegó a gustarme mucho. Pero también hubo un tiempo en que me gustaba Constantine Madden..., y estuvo a punto de destruirnos a todos. Quizá por eso he venido, para ver si puedo confiar en mi opinión de la gente... o si he cometido el mismo error dos veces.

Se le veía tan cansado como Call.

—Han acabado de interrogarte —continuó Rufus—. Ahora decidirán qué hacer contigo. Tenía la intención de hablar en la audiencia, decir lo que acabas de decir: que tienes el alma de Constantine, pero

que no eres Constantine. Aun así, tenía que verlo por mí mismo para creerlo.

—¿Y?

—Él era mucho más encantador que tú.

—Eso dicen todos —masculló Call.

El Maestro Rufus vaciló un instante.

—¿Quieres salir de la cárcel?

Call se sorprendió. Era la primera vez que se lo preguntaban.

—No lo sé —respondió después de pensarlo un momento—.

Dejé... dejé que mataran a Aaron. Quizá me merezco estar aquí. Tal vez debería quedarme.

Después de esta confesión, se hizo un silencio muy muy largo. El Maestro Rufus se puso en pie.

—Constantine quería mucho a su hermano, pero nunca hubiera dicho que merecía ser castigado por su muerte. La culpa siempre era de otra persona.

Call no dijo nada.

—Los secretos hacen más daño a quien los guarda de lo que imaginas. Siempre he sabido que tenías secretos, Callum, y esperaba que me los revelaras. De haberlo hecho, las cosas habrían sido muy diferentes.

Call cerró los ojos; quizá el Maestro Rufus tuviera razón. Se había guardado sus secretos y había hecho que Tamara, Aaron y Jasper también los guardaran. Si hubiera hablado con el Maestro Rufus..., si hubiera hablado con alguien, quizá las cosas habrían sido diferentes.

—Sé que aún tienes secretos —continuó Rufus, y Call alzó la vista, sorprendido.

—¿Así que tú también crees que estoy mintiendo?

—No —contestó el Maestro Rufus—. Pero esta puede ser tu última oportunidad para librarte de tu carga. Y tal vez sea mi última oportunidad de ayudarte.



Call pensó en Anastasia Tarquin, quien le había dicho que era la madre de Constantine. En aquel momento, no había sabido qué pensar; todavía estaba aturdido por la muerte de Aaron y se sentía como si todos en los que había confiado le hubieran traicionado.

Pero ¿de qué iba a servir contarle eso al Maestro Rufus? Solo haría daño a otra persona más, a alguien que había confiado en él.

—Quiero contarte una historia —comenzó el Maestro—. Tiempo atrás hubo un mago, un hombre al que le gustaba mucho enseñar y compartir su amor por la magia. Creía en sus alumnos y creía en sí mismo. Cuando una gran tragedia puso en entredicho esa fe, se dio cuenta de que estaba solo; había dedicado toda su vida al Magisterium y no tenía nada más.

Call parpadeó. Estaba bastante seguro de que la historia era sobre el propio Rufus, y tuvo que admitir que nunca había pensado que tuviera una vida fuera del Magisterium. Nunca se lo había imaginado con amigos o con una familia; con alguien a quien visitar durante las vacaciones o intercambiar una llamada tornado.

—Puedes decir que la historia trata de ti —dijo Call a su profesor—. Seguirá teniendo una resonancia emocional.

El Maestro Rufus lo miró mal.

—Está bien —replicó—. Después de la Guerra de los Magos, me enfrenté a la soledad de la vida que había escogido. Y el destino quiso que me enamorara poco después, en una biblioteca, investigando en documentos muy antiguos. —Sonrió un poco—. Pero él no era mago. No sabía nada del mundo secreto de la magia. Y no se lo podía explicar. Habría roto todas las reglas si le hubiera contado cómo funciona nuestro mundo, y él me habría tomado por un loco. Así que le dije que trabajaba en el extranjero y solo iba a casa en vacaciones. Hablábamos a menudo; básicamente, le estaba mintiendo. No quería hacerlo, pero lo hacía.

—¿Esta historia no va sobre que es mejor guardar secretos? —preguntó Call.

Las cejas del Maestro Rufus hicieron otro de sus extraños movimientos y se unieron en un impresionante ceño.

—Es una historia para mostrarte que entiendo lo que es guardar secretos. Sé que pueden proteger a la gente y que pueden hacer mucho daño a quien los guarda. Call, si tienes algo que decir, dímelo, y haré todo lo que pueda para asegurarme de que te beneficie.

—No tengo secretos —respondió Call—. Ya no.

El Maestro Rufus asintió y luego suspiró.

—Tamara está bien —le contó—. Se siente sola en las clases, sin ti y sin Aaron, pero lo sobrelleva. *Estrago* te echa de menos, claro. Respecto a Jasper, no sabría decirte. Ha estado haciéndose cosas raras en el pelo últimamente, pero puede que no tenga nada que ver contigo.

—Muy bien —contestó Call, un poco abrumado—. Gracias.

—Y en cuanto a Aaron —continuó el Maestro Rufus—, lo enterraron con todo el esplendor que corresponde a un makaris. Toda la Asamblea y todo el Magisterium asistieron.

Call asintió y miró al suelo. El funeral de Aaron. Oír esas palabras al Maestro Rufus, captar el dolor en su voz, lo hizo aún más real. Ese hecho siempre protagonizaría su vida: de no haber sido por él, su mejor amigo seguiría vivo.

El Maestro Rufus fue hacia la puerta, pero se detuvo, solo un segundo, y le puso una mano en la cabeza. El chico notó un nudo en la garganta.

Cuando lo llevaban de vuelta a su celda, Call se llevó la segunda sorpresa del día. Su padre, Alastair, estaba esperándolo fuera.

Alastair le saludó con un leve gesto, y Call agitó un poco las manos esposadas. Tuvo que parpadear mucho para que su irresistible y malvado encanto de Enemigo de la Muerte no se disolviera en lágrimas.

Los guardias lo metieron en la celda y le quitaron las esposas. Eran magos mayores, vestidos con el uniforme marrón del Panopti-

con. Después de soltarle las manos, le pusieron alrededor de la pierna un grillete de metal, que estaba unido a un gancho de la pared. Podía pasearse por la celda, pero la cadena no era lo suficientemente larga para que llegara a los barrotes o a la puerta.

Los guardias salieron de la celda, la cerraron y desaparecieron en las sombras. Sin embargo, Call sabía que estaban allí. Esa era la esencia del Panopticon: siempre había alguien vigilando.

—¿Estás bien? —preguntó Alastair con brusquedad, en cuanto los guardias se marcharon—. ¿No te han hecho daño?

Parecía como si deseara agarrar a Call y pasarle la mano por el cuerpo en busca de heridas, como solía hacer cuando se caía de un columpio o chocaba contra un árbol en monopatín.

Call negó con la cabeza.

—No han intentado hacerme ningún daño físico.

Alastair asintió. Tras las gafas, se le veían los ojos tensos y cansados.

—Habría venido antes —dijo, mientras se sentaba sobre una silla de metal de aspecto incómodo que los guardias habían colocado al otro lado de los barrotes—, pero no permitían que recibieras visitas.

Al oírlo, Call sintió un gran alivio. De algún modo había conseguido convencerse de que su padre se alegraba de que lo hubieran encerrado. O quizá no se alegrara, pero sí pensaría que estaba mejor sin él.

Se sintió muy contento de que no fuera así.

—Lo he intentado todo —le aseguró Alastair.

Call no sabía qué contestar. Era imposible expresar lo mucho que sentía lo ocurrido. Tampoco entendía por qué de repente le permitían tener visitas..., a no ser que a la Asamblea ya no le sirviera para nada.

Quizá esa fuera la última visita de su vida.

—Hoy he visto al Maestro Rufus —le contó a su padre—. Me ha dicho que ya han acabado de interrogarme. ¿Eso quiere decir que me van a matar?

La pregunta horrorizó a Alastair.

—Call, no pueden hacer eso. No has hecho nada malo.

—¡Creen que asesiné a Aaron! —exclamó Call—. ¡Estoy en prisión! Es evidente que creen que he hecho algo malo.

«Y sí que hice algo malo», añadió para sí. Aun cuando Alex Strike hubiera sido el autor material del asesinato de Aaron, este había muerto por guardar su secreto.

Alastair negó con la cabeza, rechazando las palabras de su hijo.

—Tienen miedo: miedo de Constantine, miedo de ti. Así que están buscando una excusa para mantenerte aquí dentro. En realidad no creen que seas responsable de la muerte de Aaron. —Alastair suspiró—. Y si eso no te anima, piensa esto: no saben cómo Constantine te transfirió su alma, y estoy seguro de que no quieren arriesgarse a que tú se la transfieras a alguien más.

El padre de Call odiaba el mundo de los magos y nunca había sido una persona optimista, pero, en ese caso, su pesimismo hizo que Call se sintiera mejor. Lo que decía tenía sentido. Nunca se le había ocurrido pensar que podría transferir su alma a otra persona, o que a los magos les preocupara que lo hiciera.

—Así que van a dejarme aquí, encerrado —concluyó Call—. Van a tirar la llave y olvidarme.

Después de eso, Alastair guardó silencio durante un largo rato, lo que fue mucho menos reconfortante.

—¿Cuándo lo supiste? —soltó Call de repente, para evitar que el silencio se alargara.

—¿Saber qué? —preguntó Alastair.

—Que no era tu hijo de verdad.

Alastair frunció el ceño.

—Eres mi hijo, Callum.

—Ya sabes a qué me refiero —insistió Call con un suspiro..., aunque no podía negar que la respuesta de Alastair le había hecho sentirse mejor—. ¿Cuándo te diste cuenta de que tengo su alma?

—Pronto —contestó Alastair, sorprendiendo un poco a Call—. Lo supuse. Sabía que Constantine había estado estudiando. Me pareció posible que hubiera logrado meter su alma en tu cuerpo.

Call recordó el mensaje acusador que su madre le había dejado a Alastair, el que el Maestro Joseph, el profesor del Enemigo de la Muerte y su más devoto seguidor, le había enseñado. Un mensaje que su padre había dejado siempre fuera de su versión de la historia.

MATA AL NIÑO.

Aún le helaba la sangre pensar que su madre había escrito esas palabras con sus últimas fuerzas, pensar en su padre leyéndolas con un bebé, Call, gritando en los brazos.

Alastair podría haberse marchado de la cueva si hubiera adivinado lo que significaba. El frío habría hecho el resto.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me salvaste? —exigió saber Callum. No había sido su intención que las palabras sonaran tan cargadas de rabia, pero así fue. Estaba rabioso, aunque sabía que la alternativa era su propia muerte.

—Eres mi hijo —dijo de nuevo Alastair, impotente—. Aparte de cualquier otra cosa que seas, también eres y siempre serás mi niño. Las almas son maleables, Call. No están grabadas en piedra. Pensé que si te criaba correctamente..., si te guiaba de la forma adecuada..., si te quería lo suficiente, estarías bien.

—Pues mira lo que ha pasado —replicó Call.

Antes de que su padre pudiera responderle, apareció un guardia ante la celda y anunció que se había acabado el tiempo de visita.

Alastair se puso en pie.

—No sé si hice lo que debía hacer, Call —añadió en voz baja—. Pero, a fin de cuentas, creo que has salido muy bien.

Dicho eso, se alejó escoltado por el otro guardia.

↑ ≈ △ ○ @

Desde que estaba en el Panopticon, Call nunca había dormido tan bien como esa noche. La cama era estrecha; el colchón, delgado, y hacía frío en la celda. Por la noche, cuando cerraba los ojos, siempre tenía el mismo sueño: un rayo de magia alcanzando a Aaron. Su cuerpo volando por el aire antes de golpear el suelo. Tamara agachada junto a él, sollozando. Y una voz que decía: «Por tu culpa, por tu culpa».

Esa noche, sin embargo, no soñó. Al despertar, había un guardia en el exterior de su celda con la bandeja del desayuno.

—Tienes otra visita —le dijo, mirándolo de reojo. Call estaba convencido de que los guardias seguían esperando a que los matase con ese supuesto carisma suyo.

Se incorporó hasta sentarse.

—¿Quién es?

El guardia se encogió de hombros.

—Un compañero de tu escuela.

El corazón comenzó a golpearle en el pecho. Era Tamara. Tenía que ser Tamara. ¿Quién más iría a visitarle?

Casi ni se dio cuenta cuando el guardia le pasó la bandeja del desayuno por la estrecha abertura en la parte baja de la puerta. Estaba demasiado ocupado sentándose derecho y pasándose los dedos por el pelo enredado, mientras trataba de calmarse y pensar qué le iba a decir a Tamara cuando entrase.

«Hola, ¿cómo te va? Siento mucho haber dejado que mataran a nuestro mejor amigo...»

La puerta se abrió y su visita la atravesó, caminado entre los dos guardias. Era un alumno del Magisterium; eso era cierto.

Pero no era Tamara.

—¿Jasper? —exclamó Call, incrédulo.

—Lo sé. —Jasper alzó una mano como rechazando su gratitud—. Es evidente que estás abrumado por que haya sido tan amable de venir a verte.

—Hum —repuso Call. El Maestro Rufus tenía razón sobre Jasper: parecía que llevara años sin cepillarse el pelo. Le salía en punta en todas direcciones. Call se quedó maravillado. ¿De verdad Jasper se había esforzado para que le quedara así? ¿Lo había hecho a propósito?—. Supongo que has venido a decirme lo mucho que todos me odian en la escuela.

—No piensan tanto en ti —respondió Jasper, mintiendo claramente—. No eras tan popular. Sobre todo, están tristes por Aaron. Pensaban en ti como en su acompañante, ¿sabes? Siempre en segundo plano.

«Te consideran un asesino.» Eso era lo que Jasper quería decir, aunque no lo dijera.

Después de eso, no se vio con valor para preguntar por Tamara.

—¿Tuviste muchos problemas? —fue lo que preguntó—. Por mi culpa, quiero decir.

Jasper se frotó las manos sobre sus vaqueros de diseño.

—Más que nada querían saber si nos hechizaste para tenernos bajo tu oscuro poder. Les dije que no eras lo bastante poderoso para hacer algo así.

—Gracias, Jasper —replicó Call, no muy seguro de si lo decía en serio o no.

—¿Y cómo se está en el viejo Panopticon? —quiso saber Jasper, mirando alrededor—. Se ve todo muy, hum, estéril aquí dentro. ¿Has conocido a algún auténtico criminal? ¿Te has hecho un tatuaje?

—¿En serio? —soltó Call—. ¿Has venido a preguntarme si me he hecho un tatuaje?

—No —respondió Jasper, dejando de fingir—. La verdad es que he venido porque..., bueno..., Celia ha roto conmigo.

—¿Qué? —exclamó Call, incrédulo—. No puedo creerlo.

—¡Lo sé! —repuso Jasper—. ¡Yo tampoco puedo creerlo! —Se dejó caer sobre la incómoda silla de las visitas—. ¡Éramos la pareja perfecta!

Call deseó poder acercarse a él para estrangularlo.

—No, quería decir que no puedo creer que hayas pasado por seis puestos de control y un registro de cuerpo entero, potencialmente vergonzoso, ¡solo para venir aquí y quejarte de tu vida amorosa!

—Eres el único con el que puedo hablar, Call.

—¿Te refieres a que estoy encadenado a esta celda y no puedo escaparme?

—Exactamente. —Jasper parecía complacido—. Todos los demás salen corriendo en cuanto me ven. Pero no lo entienden. Tengo que recuperar a Celia.

—Jasper —comenzó Call—, dime una cosa, y por favor responde con sinceridad.

Jasper asintió.

—¿Todo esto es una nueva estrategia de la Asamblea para torturarme y que les dé información?

Justo mientras hablaba, un fino hilillo de humo se alzó desde la planta baja, seguido por el parpadeo de las llamas. En la distancia, comenzó a sonar una alarma.

El Panopticon estaba ardiendo.